



ORACIÓN POÉTICA A LA MEDALLA MILAGROSA

Juan Manuel del Río, CSsR

PREÁMBULO

Amigos: comienzo esta **Oración poética a María**, bajo la advocación de la **Medalla Milagrosa**, citando aquel verso de nuestro gran poeta y escritor Pemán: “*Sor Blanca, la monja azul de la Caridad...*”

Cuando hace años veíamos en los hospitales una Hermana de la Caridad era como ver un ángel a la cabecera de un enfermo. Toca blanca, de alas anchas, vestido azul. Qué confianza y serenidad infundían.

Y si hemos de hablar de la **Medalla Milagrosa**, imprescindible resulta aludir a **Santa Catalina Labouré** (2 de mayo de 1806 - París, 31 diciembre 1876) religiosa de las Hijas de la Caridad, que supo transmitir el deseo de la Virgen María de crear la **Medalla Milagrosa**.

La Virgen se le manifestó el 18 de julio y el 27 de noviembre de 1830. Cumplió la misión que según ella le encomendó la Virgen: acuñar una medalla, alusiva a su **Inmaculada Concepción**. *La Medalla Milagrosa*.

Su cuerpo incorrupto se encuentra actualmente en un féretro de cristal en la Capilla de Ntra. Sra. de la Medalla Milagrosa, en la Rue du Bac, París. El papa Pío XI la beatificó el 28 de mayo de 1933 y Pío XII el 27 de julio de 1947 la canonizó. Su fiesta se celebra el 27 de noviembre. Repitamos todos esta invocación tan querida para ella: "Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos".

Vaya, para comenzar, este poema por delante

TE PINTARON DE AZUL MIS OJOS

**Te pintaron de azul mis ojos
y el paisaje se hizo blanco
tan blanco como la nieve.**

**Te pintaron de rojo mis ojos
y surgió un corazón grande de madre
arrullándome en su seno.**

**Te pintaron de verde mis ojos
y en tus brazos maternas
sentí nacer en mí la esperanza.**

**Te pintaron de Madre mis sueños
y los ángeles, a dúo, cantaron
el Ave María con todos los santos.**

CUADRO 1

LA HISTORIA DE MARÍA CULMINA EN EL EVANGELIO

La fuente segura para conocer a María es el Evangelio. María aparece en el Evangelio en tres momentos puntuales: **El primero es en la Anunciación:** el Arcángel Gabriel le comunica el mensaje de Dios: ser Madre (Lc 1, 26-38). Madre del Dios hecho Hombre. **El segundo** en las **bodas de Caná.** Igual que su Hijo y que los apóstoles, ella también está invitada (Jn 2, 1-10). **El tercero,** cuando Cristo agoniza **en la cruz.** Y pasa a ser Madre de todos los seguidores de tu Hijo (Jn 19, 25-28).

Y aún podemos añadir un **cuarto momento,** enormemente significativo. Es cuando los apóstoles regresan a Jerusalén tras la Ascensión de Cristo a los cielos, y se reúnen **en el Cenáculo.** Allí reciben el Espíritu Santo el día de Pentecostés; y allí, **en medio de ellos, está María** (Hch 1, 12-15). Siempre en su vocación de Madre.

María: Apareces como Mujer excepcional; mujer de carne y hueso en quien Dios ha hecho maravillas sin despojarla de su realidad humana. Tu maternidad divina no te diviniza, pero te eleva a una categoría única y sublime. En ti se engloba toda la historia de la Salvación.

En el reloj biológico de tu vida, te llega la hora de hacerte **novia.** Y eres la prometida de José, primero, y luego su **esposa.**

Eres mujer creyente, **mujer de pueblo, sencilla y humilde,** que sientes a **Dios presente en tu historia personal** y en la historia del pueblo que espera al Mesías. **Tu maternidad es por vocación.** Dios te llama a ser Madre. Por eso:

**Déjame hundir mis manos,
en el regazo virgen de tu maternidad, María,
que fluye como un río
a cuyo transcurso se asoman
las raíces de las razas todas,
río rumoroso nacido pensado
en la noche inmemorial del tiempo
de donde todos venimos
cautivos de atávicas soledades
amasadas en el silencio de la arcilla madre.**

Déjame, pues, llamarte **MILAGROSA**, como balbuciendo un grito. Que grito de auxilio fue el de Jesús en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mc. 15,34), cuyo eco y respuesta es el silencio aparente de Dios, como si Dios dijera: acudid a María.

Y a ti acudimos. Tu protagonismo es callado y eficiente. Sufres cuando hay que sufrir y gozas cuando hay que gozar, como cualquiera de los humanos.

**Ay, dulce raza, mi raza,
de la estepa y del desierto,
del valle y de la montaña,
cerremos los ojos
antes de regresar al mar,
que es de donde la vida nace.**

Como mujer, no pierdes detalle de cuanto a tu alrededor sucede. Pronto te das cuenta de que comienza a escasear el vino en las tinajas. Con qué dulce autoridad, que no autoritarismo, actúas. Es tu experiencia de ama de casa. Y **asumes un protagonismo**, necesario y eficaz, que pasa desapercibido hasta para los novios e invitados al banquete de bodas. **Y el milagro se produce.**

Y tú te conviertes en un canto a media voz al amor humano.

Tu presencia en Caná es al mismo tiempo un canto al amor humano, y al amor divino. **Empujas a tu Hijo a que intervenga**, para que la fiesta no decaiga. Y así, sin aspavientos, sin que nadie lo advierta, **pones a Jesús en el centro de la escena.**

Por eso, Madre Milagrosa, te expreso mi canto desde esta entrañable ciudad de Jerez, donde convergen seis culturas : tartesia, fenicia, romana, musulmana, judía y cristiana. Y cuna mundial del flamenco. ¡Ole...!

CUADRO 2

MARÍA, TAN HUMANA, Y TAN DIVINA

La Historia se eterniza en el pueblo. Y al pueblo lo agranda la Historia.

Cuántas páginas de historia viva se estampan en ti, María.

Te imagino en **aquel atardecer en Nazareth**. Siento como un aletear de ángeles. Evocación.

En tu tiempo, Nazareth era apenas una aldea, donde cabe, sin embargo, el Universo. Y en ese Universo, Tú, **optando desde tu libertad, por un Sí total y radiante al Hacedor del Universo.**

Por eso, en ti estamos acariciados de eternidad. También de libertad. Sin libertad, el hombre no sería humano.

Un ángel ha cruzado raudo los cielos de Nazareth.

Como de puntillas, para no profanar la santidad del lugar, déjame asomarme, como un día Paul Claudel, escuchando el magnificat, se asomó al fulgor de la Anunciación. Para ver, ¿qué es lo que veo? Veo a **Dios, el gran Soñador, disfrazado de Ángel, que te dice: “Alégrate, María...”**

María se estremece de Juventud en sazón.

Acaba de regresar de la fuente; la misma que, con el tiempo, llevará su nombre. Ha depositado el cántaro en un rincón de la cueva. Todo huele a limpio. Sus padres se han acostado ya. Ella se ha puesto a rezar —que rezar también es soñar—. Sus sueños son los sueños de Dios. De pronto:

—“**¡Jaire, María!**” **¡Alégrate, María!**”...

María se sobresalta, de sorpresa y alegría. ¿Y yo...?

**Yo te imagino, dulce doncella,
de cara tersa y morena;
tienes el color de los cedros del Líbano,
y la belleza grácil
de las rosas del Sarión:**

**y la verticalidad virginal de la azucena
con ese andar presuroso
de la gacela que corre
tras las celosías que atisban
amores de primavera,
en el Cantar de los Cantares.**

Desde el origen mismo del cristianismo, tu presencia ha sido constante en la Iglesia. Y en el fervor de los pueblos; y no digamos en Andalucía, radiante de sol y alegría, a la que **Manuel Machado** (1874-1947) cantó:

**Cádiz, salada claridad; Granada,
agua oculta que llora.
Romana y mora, Córdoba callada.
Málaga cantaora.
Almería dorada.
Plateado Jaén. Huelva, la orilla
de las Tres Carabelas...
y Sevilla.**

Y **Juan Morales Rojas** (1918-1991) expresó:

**Andalucía canta y en su cantar suspira.
Andalucía canta y en su cantar implora.
Andalucía canta y cuando canta... llora.
Es la vida que brota del fondo de su lira.**

Y el pueblo, María, a ti te implora y canta, porque eres la vía corta para llegar a Cristo. Y la Iglesia te llama *Redemptoris Mater*.

El pueblo cristiano ha sabido captar, social y antropológicamente, tu grandeza. Y al llegar la Navidad, y colocar “*el belén*”, se vuelca en ternura cuando tú nos muestras a tu Hijo recién nacido. O cuando vas con Él a la fuente. Déjame expresarlo en un poema:

**La Virgen va a buscar agua
hasta la fuente del pueblo
lleva al hombro el cantarillo
y a Jesús Niño en su seno.
Quién fuera el sol y alumbrar
hasta la fuente el sendero
por donde va el cantarillo**

junto al Niño Nazareno.

**Me llenaría de luz
junto al agua del venero
y al Niño yo le diría
déjame ser tu sendero.**

Estampada en miles de medallas, oh María, la Milagrosa, eres reconstructora del hombre. Vivimos en un mundo donde la peor de las lacras sociales es hoy la pobreza. Una pobreza que es real y artificial al mismo tiempo.

Que es real a la vista está. Y que es artificial, también. Porque la pobreza, al menos en su extrema gravedad, es evitable. La tremenda desigualdad entre unos y otros en el mundo actual es el sarcasmo más blasfemo de todos los tiempos contra el mismo hombre.

«*Tú no has nacido para la muerte*», decía Keats en su Oda al ruiseñor. Se equivocó.

Cada día caen atrapadas en las telarañas invisibles de la niebla de los poderosos, millones de pájaros a los que se le cortan las alas, para seguir siendo pobres.

La pobreza crea bolsas tremendas de incultura. Gente cuyo talento jamás será aprovechado, porque la falta de recursos les impide ir, ya no sólo a una escuela superior o a una universidad; ni siquiera a una escuela primaria. Sin contar el problema de convivencia social que aumenta, por el resquemor que la misma pobreza conlleva. Por eso, **mi elegía:**

**Hoy quiero cantar elegías
a los campesinos y a los pobres
que no necesitaban despertadores,
ni siquiera el del canto de los gallos
para comenzar el nuevo día;
pues se espabilaban con un concierto
de ruiseñores y jilgueros,
que alegraban el vivir de cada día
pero acallaron sus cantos los poderosos
y enmudecieron los pájaros cantores.**

Tú también fuiste campesina, María

Te tocó vivir en una sociedad patriarcal y judía, donde la mujer carecía de relevancia social.

Donde las hijas pasaban del poder del padre al del esposo. Su función principal era la maternidad. Podían ser repudiadas fácilmente por el marido. No se le tenía en cuenta ni en la sinagoga. Es célebre el dicho del judío, que alababa y daba gracias a Dios por no haberlo creado mujer.

Urge reconstruir al hombre.

Urge, pues, reconstruir al hombre. Pensemos en la situación de pobreza opresora y denigrante en que vive tanta gente hoy, pensemos en la situación de los emigrantes, en las pateras que el mar voraz se traga, en las mujeres maltratadas, en la explotación sexual de tantos niños por el turismo sexual y aberrante, en los salarios de hambre, en los parados sin trabajo... Es urgente la necesidad de que la sociedad en general y los gobiernos de turno en particular, todos, reflexionemos al respecto y tratemos de poner límite a esta lacerante realidad. ¿Cómo?

Urge vivir la vida en el Espíritu. Sólo Dios es camino de libertad. Y urge amar al estilo de Dios. El Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii Gaudium*, (*La Alegría del Evangelio* n.288), señala: “María es la mujer orante y trabajadora en Nazaret, y también es nuestra Señora de la prontitud, la que sale de su pueblo para auxiliar a los demás ‘*sin demora*’ ”.

¡Sin demora! ¡Oh, MARIA LA MILAGROSA! Porque tu Dios, que es nuestro Dios, es el Dios de la Historia. El Dios que ama al Hombre porque es su creación y su imagen.

Dios ama la vida.

El Hombre es *Evangelio de la vida*. Hemos sido redimidos por el “autor de la vida” (Hch 3,15 y a precio de su preciosa sangre (cf 1 Cor 6,20; 7,23; 1 P 1,19).

CUADRO 3

MARIA, SORPRESA DE DIOS

Por tradición, puesto que pertenecía a una familia profundamente religiosa, qué duda cabe que María conocería las Escrituras. Mujer, pues, creyente y practicante de una religión profundamente arraigada en la entraña misma del Pueblo, que daba personalidad y cohesión al Pueblo, donde nada se entendía sin referencia directa a Dios. María esperaba con fe profunda, como todos los judíos, la venida del Mesías.

Lo que nunca podía imaginarse es que ella iba a ser la Mujer que Dios había designado para ser la Madre del Mesías prometido y esperado. Y la hemos visto como Madre de Cristo.

Fueron pasando los años. Cristo estaba en la plenitud de su vida. Y todos sabemos lo que cuentan los Evangelios.

Nos situamos en el Calvario. Estamos ante la escena **más dolorosa** para María: por una parte, ver morir a su Hijo en la cruz. Por otra parte, la **más gloriosa** para los cristianos. Es allí, al pie de la cruz, donde se produce el parto más increíble de la historia: se convierte en Madre de todos los cristianos, representados en la persona del apóstol Juan. “He ahí a tu hijo...”. Y Juan era representante y símbolo de todos los cristianos.

Madre de la Iglesia, al pie de la cruz.

Hay un detalle, en la muerte de Cristo: “No le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua” (Jn 19,33). Fuente de agua viva, sacramental. Parafraseando a san Juan de la Cruz, diríamos:

*“Que bien sé yo la fonte que mana y corre, aunque es de noche.
Aquella eterna fonte está escondida,
que bien sé yo do tiene su manida,
aunque es de noche”.*

Clara referencia, y de aplicación bautismal. Del agua y del Espíritu, nacemos los cristianos: hombres y mujeres “nuevos en Cristo” (Jn. 3,3-7). Cristo muere y resucita. Su costado es una fuente de donde brota agua viva y sangre redentora. Y el Bautismo es también morir y

resucitar con Cristo, como elocuentemente lo expresa san Pablo en el capítulo seis de la Carta a los Romanos.

El costado de Cristo, fuente de agua viva. Cómo recordarías, María, aquella otra fuente cuando ibas a buscar agua con tu Hijo niño. Esta es otra fuente donde beben todos los hijos dispersos. Porque Dios quiere que “todo el que reconoce al Hijo tenga vida eterna y resucite en el último día” (Jn. 6,40).

El Evangelio está lleno de signos y símbolos, como...

EL POZO DE LA SAMARITANA

Lo llaman el Pozo de Jacob. Tiempo, desierto, historia, y gente, se asoman a su brocal. Otros, prefieren llamarlo el Pozo de la Samaritana. Mujer, sueños, idilios, sed, se entrecruzan en él. Fue Jesús, sin embargo, quien lo inmortalizó. Rodeado de olivos, este pozo es, en definitiva, el pozo de todos los encuentros que convergen, por fin, en la fe.

Como un peregrino más, como un caminante de tantos, curioso, sediento, y en definitiva, necesitado del agua de la Vida, también yo quiero acercarme hoy a este pozo.

De Jacob, de la Samaritana, de Jesús..., es igual; que no es cuestión de nombres, sino de realidades. Más que su nombre, me interesa el Pozo en sí. Porque es éste un Pozo lleno de Luz, donde el agua no es el agua de nuestras diarias penurias, sino donde agua y sed son, por igual, metáfora alzada en el tiempo. Indicador de resequedad, de desierto. Y flecha que apunta directa al corazón. Lugar de encuentro. Por eso acudió a él la Samaritana. Y Jesús. Y yo y tú, y tantos y tantos otros.

Airosa caminaba la Samaritana por el olivar, milagro arrancado al desierto, en busca del pozo, en busca del agua, con su cantarillo en jarras, canción primaveral en sus labios. ¿La ven?

Cansado caminaba Jesús, cubiertos su ropa y sus pies del polvo inclemente del camino. Atrás ha quedado lo más duro del desierto; comienzan a aparecer los olivos de Sicar. No se dirige al pueblo; se detiene en el brocal del pozo que, si famoso es, ahora quedará inmortalizado para siempre. De sus labios sedientos brota un salmo de alabanza y bendición.

El encuentro es inminente. Hombre y mujer frente a frente; agua y sed une a los dos. No hay que perderse la escena. Por eso, desde la diáfana

página del evangelio, trascendiendo el tiempo, me acerco yo también al pozo. Y veo, más allá de los siglos, a Amós, el profeta de las estepas, que clama: “Vendrán días en que mandará (Dios) a la tierra sed, pero no de agua, sino de oír la Palabra de Dios” (Am 8,11). Y un escalofrío me sube por el alma.

Y me imagino a Nicodemo, el buscador insaciable del Agua de la Vida. A punto está de dar alcance al Rabí de Nazaret. Tiene una pregunta importante que hacerle: ¿Qué debo hacer para salvarme? “Debes volver a nacer”.

Y veo la gente, mucha gente, subiendo desde el hondón de los siglos. Todos vienen derechos al pozo, en ingente procesión. Se les unen los justos del Apocalipsis, portando ramos de olivo en las manos, todos ellos vestidos de blanco. ¿Los ven?

Hundo mi vista en el tiempo. Pozo de la Samaritana. De pronto, una grieta se abre en el roquedal del desierto, y veo brotar de la misma, como un surtidor de fuente hecha río, el agua. Moisés ha levantado su cayado golpeando la piedra. Y el agua es un torrente que va llegando abundante hasta el pozo, en cuyo brocal Jesús de Nazaret acaba de sentarse.

—“Mujer, dame de beber” (Jn 4,7).

—“Maestro, dame de esa agua”.

Y el Pozo, puesto en pie, vierte el agua sacramental, del perdón, de la solidaridad, de la amistad, sobre una humanidad sedienta, arremolinada junto al Divino Maestro.

¿Lo recuerdas, Madre, cuando siendo todavía Niño jugaba con los demás chiquillos en las calles de Nazaret? Por eso:

**Déjame hundir mis manos, Madre,
en el regazo virgen de tu maternidad,
que fluye como río impetuoso
a cuyo curso se asoman
las raíces de las razas todas,
río rumoroso que nace pensado
en la noche de los tiempos hasta llegar a la Mar
de donde venimos
cautivos de atávica soledad
amasada en el silencio de la arcilla noble
que humaniza mi raza.**

**Ay, mi raza, esparcida en la estepa,
el desierto, el valle y la montaña,
tan castigada de soledad.**

**Abramos nuestros ojos de arena
e ingresemos juntos a la Mar
a purificar en Agua reconciliadora
nuestro ser, y volver otra vez
al cauce de la humanidad.**

**Vemos también el sentido de tu Maternidad universal, María,
además de junto a la Cruz, en Pentecostés. Ahí estabas presente en
medio de los apóstoles, tras la ascensión de Cristo a los cielos (Act 1, 12-
14). Tu presencia es ejercicio directo de una maternidad universal. Eres
Madre de la Iglesia. ¿Recuerdas cuando fuiste madre primeriza? Eras
pobre, el heno fue la cuna para tu Hijo.**

Nacido en el heno (soneto)

**Saltan cielos y tierra de alegría
admirados y llenos de sorpresa,
pues Jesús a la Virgen, que le besa,
le dice con ternura: ¡Madre mía...!**

**Eres cariño, paz, Virgen María,
eres el Jardín donde la Promesa
brotó como una flor intacta, ilesa,
pues eres tú más limpia que la fría**

**nieve, cuya blancura nos conmueve.
Es tu alma paz, ternura desbordada,
esperanza y amor de un mundo nuevo.**

**María mira al Niño y no se atreve
a decirle, de pena entreverada:
¿Por qué has nacido, Dios mío, en el heno?**

CUADRO 4

MANOS DE AMA DE CASA

Como es habitual en las aldeas y pueblos, me imagino a María siendo la primera en levantarse para preparar el desayuno, asear la casa, mandar los hijos a la escuela. Y la última al acostarse. Trajinando con sus manos, manos de mujer a la que, como suele decirse, “le faltaban manos” para todos los quehaceres propios (y también ajenos).

María, seguramente, no tendría demasiado tiempo para andar cuidando sus manos y acicalarse las uñas. Cuánto tiempo gastamos nosotros en preocuparnos nada más que de nosotros mismos. Y cuántas cosas dejamos de hacer por eso. Las manos de María tenían toda esa belleza que se refleja en las manos que han trabajado, que han consolado, que se han tendido abiertas a los demás sin tregua ni medida.

Las manos de María lucían toda la belleza espiritual que transpiran las manos de una esposa y madre que trabaja con ellas. Y eran las manos de una verdadera Reina, que ahora se elevaban felices para acariciar al mismo Dios, hecho Niño sentado en sus rodillas.

Manos que a continuación andaban entre los pucheros, o planchando la ropa, o dándole a la escoba... Admirable contraste. Manos hechas al trabajo, al agua fría del lavadero del pueblo, a la limpieza de la casa, a lijar y mover maderas ayudando a José... Pero manos que nunca perdieron por eso su finura encantadora. Manos abiertas y disponibles a las necesidades de todos; de los vecinos, de los enfermos, de los marginados de su sencilla aldea de Nazaret. Manos que tocaron muchas puertas para ofrecer ayuda, y muchas llagas para curarlas y vendarlas. Manos discretas, llenas de bondad generosa y callada. Manos que daban gloria a Dios en cada trabajo sencillo y humilde. Manos que siguen trabajando sin descanso y a través de las cuales nos llegan copiosas todas las gracias de Dios para cada uno de nosotros.

Cabe preguntarse, ¿cómo están nuestras manos? ¿Las usamos, las empleamos para la gloria de Dios? Nos manchamos las manos? Es decir, ¿trabajamos, nos esforzamos, nos metemos a fondo en todo lo que tenemos que hacer cada día? ¿Nos manchamos las manos en el trabajo? ¿Nos las manchamos en los propios estudios? ¿Nos las manchamos en obras de

caridad y misericordia para con los necesitados? O quizá se nos puede aplicar eso de: “tiene las manos tan limpias, que no tiene manos”.

Uno de los medios de expresarnos y manifestarnos al exterior es por medio del lenguaje de nuestro cuerpo y por las manos. Según el gesto que empleemos, podemos significar; llamada o repulsa, caricia o desprecio...

Las manos de María fueron la cuna más acogedora que tuvo Jesús. Las manos que amasaban el pan con el que se alimentó Jesús, ajena a que un día no lejano el Pan sería también Eucaristía, Pan de Vida, en las manos de su Hijo. Las manos de María se juntarían, sin duda, cada día para rezar y enseñar al mismo tiempo a Jesús a rezar.

Con manos sacerdotales.

Manos entrelazadas iniciando una plegaria, manos sacerdotales, nos imaginamos. Pero María no fue sacerdote. Sin embargo, sus manos, cual las del sacerdote, sostenían al Hijo, como anticipada Eucaristía, para que todos pudieran contemplarlo, gozarse con su sonrisa, y que la gente pudiera acariciarlo.

La verdadera amistad y fraternidad, humana y cristiana, nace de aquellas palabras: *Ya no os llamo siervos, a vosotros os llamo amigos...*. Un amigo es mucho más que un siervo; es un colaborador, es un confidente, con el cual existe una comunión de vida, de proyectos e ideales... Cristo es el verdadero Amigo. El que tiene los sentimientos más humanos nobles y profundos.

Los "amigos de Jesús" deben amar como Él amó.

La prueba concreta de que amamos es la observancia de los Mandamientos:

"Quien me ama, guarda mis mandamientos... Mi mandamiento es éste: que os améis los unos a los otros como yo os he amado" (Jn 14).

Seremos "amigos de Jesús", cuando seamos testigos de ese mundo nuevo que Dios quiere ofrecer a los hombres y que Jesús anunció con su persona, con sus palabras y con sus gestos. Dios es Amor... somos amados por Él... Y Él nos invita a permanecer en su amor. Seremos “amigos de Jesús” cuando todos podamos tomarnos las manos y rezar juntos el Padrenuestro. Hasta dónde nos pueden llevar unas manos de Madre, como María.

Ante la Virgen, Efrén manifiesta con inspiración su maravilla:

*«El Señor vino a ella
para hacerse siervo.
El Verbo vino a ella
para callar en su seno.
El rayo vino a ella
para no hacer ruido.
El pastor vino a ella,
y nació el Cordero, que llora dulcemente.
El seno de María
ha trastocado los papeles:
Quien creó todo
se ha apoderado de él, pero en la pobreza.
El Altísimo vino a ella (María),
pero entró humildemente.
El esplendor vino a ella,
pero vestido con ropas humildes.
Quien todo lo da
experimentó el hambre.
Quien da de beber a todos
Sufrió la sed.
Desnudo salió de ella,
quien todo lo reviste (de belleza)»*

(San Efrén. Himno «De Nativitate» 11, 6-8).

CUADRO 5

MARÍA, EN LA VIDA DE LA IGLESIA.

El Concilio de Éfeso, (431) te proclamó la “Theotokos”, es decir, “Madre de Dios”. Madre del Dios encarnado. Ya antes del Concilio de Nicea (325) te llamaban la “nueva Eva”. Y a Cristo el “nuevo Adán”.

Los Padres Apostólicos, por ejemplo san Ignacio, ponen de relieve su maternidad divina. **En el siglo II,** Justino en Roma, Ireneo en Lyon y Tertuliano en Cartago, partiendo del paralelismo Adán-Cristo, de san Pablo (Rom 5, 12-21), desarrollan el paralelismo análogo: Eva-María.

La expresión «**toda santa**» (**panaghia**) es de la primera mitad del siglo IV. Hasta convertirse en expresión común de la literatura bizantina, con base bíblica. Todo esto, devoción, títulos, etc., que se dan a María, está basado en la Biblia y en la Tradición, transmitida por los antiguos Padres, y que culminó en la definición del dogma de la **maternidad divina** de María. Dogma, por lo demás, proclamado contra Néstor en el **Concilio de Éfeso**.

Las fiestas de la Virgen están íntimamente ligadas al Misterio de Cristo, de tal manera que se consideran como fiestas del Señor. En cuanto a la **Asunción de María** a los cielos, fue el **emperador Mauricio,** hacia el año 600, quien prescribió su celebración en todo el Imperio con fecha del 15 de agosto.

María, fuiste la primera y mejor discípula del Señor. De ahí que Orígenes, san Basilio, san Juan Crisóstomo, te señalen como camino de progreso en la virtud.

Por eso, Madre, desde mi admiración te digo:

Luz de Madre tu mirada

**Luz de Madre tu mirada
bellos tus ojos, María,
cuánta ternura derraman
en el alma de tus hijos
que con cariño te aclaman
por Reina y Madre, Señora.**

**Unos te cuentan sus penas
otros te expresan deseos,
pero quién más y quién menos
cosas íntimas te cuentan
que solamente a una madre
muy en secreto se dicen.**

**Todos se marchan contentos
tras depositar un beso
en el milagroso Icono
y desgranar dulcemente
una plegaria y un rezo.**

Pasan los años y los siglos. Ya estamos en el XXI. María no pasa. Y artistas, poetas y devotos, cristianos y no cristianos se inspiran en ella. Yo, ante la Medalla Milagrosa le digo:

TIENE TU NOMBRE, MARÍA

**Tiene tu nombre, María,
el color azul de un poema,
hermosa Mujer Nazarena.**

**Cinco letras,
con sabor a Mujer Hebrea
desvelan tu nombre, María**

**Cinco recuerdos prendidos
lo mismo que los luceros
del firmamento azul de tu cielo
donde noche a noche desgrano
del rosal de mis recuerdos
pétalos de avemarías que guardo
desde cuando y apenas era un niño.**

**Hoy al pronunciar tu nombre, Madre,
ahora que ya soy grande
es como arribar a puerto
cruzando el mar de la vida
y al llegar, encontrar**

**escrito en el corazón del tiempo
tu nombre intacto, María.**

**Cuando trémulos mis labios
tu dulce nombre pronuncian
siento que tus bellos ojos
con amor maternal me miran,
hoy lo mismo que antaño.**

**Esos tus ojos, María,
que tanta paz infunden
y mi vida toda iluminan.**

**Por eso, y por tantas cosas,
tus cinco letras
son como cinco rosas,
con sabor a néctar y poema
en el fervor de mis besos.**

CUADRO 6

REMEMBRANZA A ORILLAS DEL LAGO DEL ARPA

El Evangelio no presenta nunca a María paseando por las orillas del lago de Genesareth. A diferencia de Cristo. Y sin embargo, es muy probable que más de una vez estuviera por allí, en las tantas veces que sin duda acompañaría a su Hijo, en sus correrías apostólicas, como lo hacían otras mujeres, algunas agradecidas por haber sido curadas, otras seguramente por ser esposas de los discípulos. (Lc 8,2).

Cualquier persona que se haya acercado al lago de Genesareth, y haya recordado, siguiendo el Evangelio, las andanzas de Jesús por sus orillas, a buen seguro que habrá sentido gozo y emoción grande en su corazón.

Desde el recuerdo de visitas entrañables, yo quiero acercarme hoy en esta remembranza.

Los peregrinos partían de Nazareth con distintos rumbos. Mi grupo se detuvo en Séforis.

Séforis había sido importante centro administrativo en la época de los Asmoneos. Flavio Josefo la menciona cuando habla de Alejandro Janneo, anterior en un siglo a Cristo. Fue importante, igualmente, cuando la dominación romana, pues Gabinio la escogió como sede de uno de los cinco consejos administrativos que estableció en Palestina, cuando era gobernador de Siria. También Herodes Antipas honró a Séforis, pues la hizo capital de Galilea y Perea. Y hasta fijó en ella su residencia. Y hubo en ella, además, muy buenas escuelas de teológica rabínica. Hasta la muerte del gran Rabí Yehudá Hannassí, el compilador de la Mishná, fue sede del Sanedrín.

Es posible que fuera aquí donde nació Ana, la madre de la Virgen María. De hecho, las ruinas que estaba fotografiando pertenecen a la basílica que los Cruzados construyeron en su honor. Podía imaginarme al ejército de los Cruzados saliendo en ayuda de Tiberias sitiada por Saladino. Y podía imaginarme la gran nube de polvo que quedaba flotando a media

altura según se retiraban los soldados, marcando así la ruta que conducía hasta el mítico lago de Genesareth.

También las ruinas de Séforis iban desapareciendo de nuestra vista según nos alejábamos. De qué sirvió que Zahir el-Amr, gobernador de Galilea, la fortificara en el siglo XVIII. La guerra entre árabes e israelíes en 1948 la haría desaparecer. ¿Por qué los hombres hemos de estar constantes guerras?

Me venían a la mente retazos de historia. **¿Qué estaba ocurriendo cerca del lago?** Me imaginé la escena. Efectivamente, en Tiberias, Saladino esperaba a los Cruzados. La distancia de los aproximados treinta kilómetros que separan Séforis de Tiberias, se convertía ahora, en mi mente, en distancia de siglos. Un frondoso pinar había sustituido a la población fortificada.

De pronto un grito: **¡Hay fuego en los Cuernos de Hittín! ¡Los Cruzados han sido sitiados y están abrasándose bajo sus armaduras...!**

El lago mantenía su calma habitual; pero no se veían barcas de pescadores mientras el agua rizaba suavemente la orilla. Desde cualquier parte que uno mirara, el humo subía como holocausto desde los Cuernos de Hittín.

La estrategia de Saladino había sido perfecta. Rodeó con sus huestes a los Cruzados, mandó prender fuego a la maleza que, bajo el impulso del aire, ardió con celeridad, atrapando así a los Cruzados que, entorpecidos por sus mismas armaduras, y abrasados por el fuego y la sed, sucumbieron irremisiblemente.

¡Qué horrible pesadilla! Pero no, no era una pesadilla, sino cruda realidad lo que la historia me retrotraía. **Era el año -infortunado año- de 1187: Fin del reino Latino de Oriente.**

Ajenos a mis personales perspectivas de los acontecimientos, un pequeño grupo de turistas disparaba sus cámaras fotográficas a todas partes.

Hacia el este, está el paso que lleva a Tiberias por Kfar Kanna. Era paso obligado. Nos detuvimos en Caná. La misma que ha quedado perpetuada en la memoria y en el tiempo por el célebre milagro de Jesús, cuando en una boda, convirtió el agua en vino. Y allí estaba ella: María la madre de Jesús. La fiesta estaba en su apogeo. Las danzas rituales se sucedían. Los novios habían iniciado el baile nupcial bajo la gran tienda

que los beduinos habían instalado en el espacioso patio de la casa. Luego de varios días de celebración acostumbrada, casi nadie notó que el vino comenzaba a escasear; y casi nadie supo que el vino que ahora alegraba la fiesta y contagiaba alegría era el vino nuevo sacado del agua cotidiana. Milagrosamente añejado, el vino se convertía, a partir de ahora, en el signo de la fiesta, la alegría y el Amor.

Entramos en la iglesia franciscana, donde los distintos grupos de peregrinos renovaban jubilosos sus compromisos matrimoniales. Al salir, la gente se apresuraba a visitar las distintas tiendas para comprar recuerdos de su histórico viaje, sin faltar, por supuesto, alguna botella de vino, memorial del milagro de Jesús.

Una copa de vino podía ser suficiente distracción para ir dejando atrás el recuerdo de dramáticas batallas en terreno que nuestros pies estaban recorriendo ese día. Antes los habían recorrido las flamantes Órdenes Militares, Hospitalaria y del Temple, comandadas por el veleidoso rey Guido, sufriendo la mayor y más humillante derrota de su historia; donde el orgullo del temerario Reinaldo de Châtillon, o las apresuradas ansias vengativas de Gerardo, gran maestro del Temple, se estrellaron bajo la mejor y más estudiada estrategia militar de Saladino. ¡Cómo no recordar...!, si ahí acabó el reino latino de Jerusalén. Si ahí se forzó la capitulación de la Ciudad Santa, tres meses después. En el almanaque cristiano era un 2 de octubre. Saladino entraba en Jerusalén, radiante y vencedor. En el almanaque musulmán se cumplía un aniversario más de otro sueño: en hermoso caballo alazán, con denominación de origen árabe, el Profeta era halado a los cielos desde la mezquita de la Roca.

La panorámica que se ofrecía a la vista era fantástica. A lo lejos y al fondo del lago, el monte Hermón, con sus aproximados 2.700 metros de altitud y sus cimas nevadas. A nuestra izquierda el valle de Arbel; al norte, escorada a la izquierda, la ciudad de Zafed. Y en la hondonada, el lago.

Lago para soñar. Evocador, único. **Fue a sus orillas donde Jesús de Nazareth, comenzó a fraguar el mejor de todos sus sueños: la Nueva Humanidad.**

La paz que el bíblico lago transmite es única. Sentado en la orilla me quedé absorto, contemplándolo. **Se conoce también como el lago Kinneret, el lago del arpa.** Se me antojaba música de ángeles la que las pequeñas olas arrancan en esta arpa de vibraciones transcendentales.

Nunca, ningún otro lago fue capaz de elevar tan alto los pensamientos. Nunca, un lago como éste fue escenario y testigo de tanto

Amor. Y es nunca, un lago como éste, llámese de Galilea, Tiberíades, Genesareth, o Kinneret, tuvo tan cerca a Dios.

Sobre la arena, en la orilla, donde en el devenir de mi ensoñación, aún no se construye Tiberias, sobre las piedras húmedas de la occidental ribera, descansan las barcas. Sobre las suaves olas, hay embrujo de amanecer y de peces. A lo lejos, acercándose, se dibuja la silueta de un hombre bueno que dice: “Echad las redes a la derecha”. Y también: **“Venid conmigo, os haré pescadores de hombres”**.

Los pececitos dorados jugaban junto a la barca de Simón, al que Cristo apodó Pedro. Un poco más arriba, en una de las suaves laderas, como suspendida en la quietud, se escuchaban, arrastraban por la brisa, las palabras: **“Bienaventurados los pobres..., vuestro es el reino de los cielos”**.

Había que continuar el viaje. Desde el hotel, hay una vista sensacional del lago. Hace calor. Estamos a 200 metros por debajo del nivel del mar. Tiberias, la hermosa ciudad, que Cristo no conoció, fundada por Herodes Antipas en honor de su amigo el emperador romano Tiberio, simplemente, enamora. Es la ventaja de estar arrimada al lago.

En ella encontraron refugio un día los judíos expulsados de Jerusalén por Adriano. En ella se compiló la Mishná, y se completó el Talmud. En ella fueron sepultados, el famoso filósofo y médico Maimónides, el rabí Meir, el rabí Yojanán ben—Zakai, y muchísimos otros. Tiberias es la ciudad santa del judaísmo.

Qué hermosas las noches cuando los barcos surcan el lago, repletos de gente, entre algarabía de luces, cánticos y danzas al ritmo de los más jóvenes. Las pequeñas olas trazan nuevos ritmos musicales sobre las cuerdas líquidas del lago, que tiene forma de arpa.

¡Oh, sagrado lago Kinneret, llamado también de Tiberíades, o de Genesareth, por su forma de arpa, santificado por el Hijo de María, bendito seas!

KINNERET

**Lago del arpa, Kinneret,
con sabor a vida y Evangelio,
tan lleno de historia sagrada,
de redes colmadas de peces,
y de gentes
que escuchan sin cansancio
la voz de Jesús el Nazareno
hablando desde la barca.**

**Lago de suave oleaje,
de encuentros con la gente,
y la novedad
del sermón de las Bienaventuranzas.**

**Kinneret,
contemplarte es sentirse
acariciado por tu música y tu brisa,
en lo íntimo del alma,
como un rezo encendido en la playa
para que el viento lo lleve
hasta el Cristo Nazareno
que camina sobre el agua.**

EPÍLOGO

Voy terminando. Lo hago con este poema:

MI POEMA ES UN CANTO SERENO A LA VIDA

**Mi poema es un canto sereno a la vida,
amasada de tierra y de luz divina,
geografía labrada en las horas del tiempo y los días
donde nadie jamás podrá suplantar mi indignancia,
hecha a medida de mi personal transparencia.**

**Admiro la canción primaveral del árbol
en el pentagrama verde del paisaje embrujado
por recóndita fuente que le cautiva y reverdece.**

**Río me sé, nacido de humilde fuente,
que lo mismo da de beber al desierto,
por siglos de siglos sediento,
que riega la agreste selva.**

**Solidario me siento de todas las estrellas
que navegan sin fin por los caminos insondables
del universo inabarcable,
ecuménicas viajeras
de sueños hibernados para siempre
en los azules espacios siderales.**

**Hombre desnudo me veo,
aunque de divina hechura revestido;
calzo apenas sandalias ligeras
para navegar deprisa los caminos intrincados de la fe,
y, sin embargo, mendigo a destajo soy
oteando oropeles de felicidad,
a la par de esta humanidad.**

**Arder veo las raíces de mi yo en el mismo crepitar del fuego
que consume, suavemente, la savia genésica de mi ser
en ofrenda de luz al Dios de la Vida
que ha hecho del Universo**

regazo maternal de todos los poemas.

**Bajo un cielo copioso de estrellas,
he plantado mi tienda en tierra de nadie
para seguir viviendo, si posible fuera,
a la vera elíptica de mis sueños.**

**Procuro columpiar mi fantasía, de los cuernos de la luna,
para alargar a pleno sol el juego impostergable de la vida
mientras va apagándose la tarde.**

**Y cuando al fin, con todo y poema,
mi ser encalle, inexorable,
en el redil sereno del ocaso, llegada que sea la noche,
un carrusel de luz las estrellas todas formarán,
para alumbrar de azul celestial mi muerte.**

**Entonces, como el soldado que con valentía
la vida ha defendido,
bajo protesta formal de hombre mortal,
vertical como un ciprés, morir me moriré.**

**Una túnica inconsútil de luz,
bordada con las hebras de un poema,
envolverá entonces piadosamente mi ser.**

**Y cuando todo en silencio se quede,
más allá, o más acá de las estrellas, no lo sé,
mi yo seguirá enhebrando, por siempre jamás,
un canto inacabado a la vida.**

FINAL

Quiero Concluir, no sin antes agradecer vuestra presencia y atención, con este poema final:

**María, de la Medalla Milagrosa,
eres, de sueños inspiradora.
De Dios eres la amada
De azul y blanco, la Inmaculada.
Eres la gracia en Cristo instaurada
orgullo del Dios que exalta
de lo más bajo al más pobre.
Mujer eres que une
el original resplandor primero
con la luz eternizada
en Cristo resucitado.
Mujer de la Historia eres,
y puente del Dios que unió
el cielo con la tierra.
Inefablemente intacta,
grávida de amor y ternura,
Madre eres de los hombres
que adoran a Jesucristo,
y también de los que no le aman.
De la humanidad esperanza firme,
rayos de luz tus manos,
todos con fe te decimos:
“ruega por nosotros, pecadores”.
Hora es del mediodía
hora es de la alegría
cuando el ángelus suena
en el campanil de la torre
que al repicar repite:
“Ave, María”.**

Juan Manuel del Río, CSsR
Jerez de la Frontera, 31 mayo 2014